

¿Qué observamos cuando observamos cultura?

Notas desde Nodos Culturales y la observación como práctica situada

Natalia Elías Pineda

NODOS CULTURALES

DOI: 10.64890/7.10

Introducción

Observar cultura nunca es un acto neutral: toda mirada decide qué incluir, qué excluir y desde qué lugar de enunciación habla, revelando también qué cuenta como conocimiento y quién tiene autoridad para producirlo. En América Latina, los observatorios culturales han tenido un rol clave en visibilizar el sector cultural y generar evidencia para la toma de decisiones; no obstante, sus marcos institucionales y metodológicos suelen inscribirse en enfoques convencionales que privilegian lo estandarizable y formalizado, con lo cual quedan fuera muchas prácticas culturales que florecen en los márgenes comunitarios y autónomos. Precisamente ahí han emergido experiencias impulsadas desde la sociedad civil que, sin autodenominarse observatorios culturales, desarrollan funciones de observación y análisis mediante metodologías participativas y colaborativas, ofreciendo miradas situadas y más sensibles a las realidades territoriales.

Si bien los observatorios culturales desarrollados desde universidades y entidades públicas en América Latina han aportado valiosa evidencia

para orientar políticas culturales, sus metodologías suelen responder a lógicas institucionales específicas. Más que una cuestión de intención, esto obedece a los formatos y requerimientos de las propias estructuras públicas y académicas: indicadores comparables, datos cuantificables y marcos conceptuales estandarizados. Estos parámetros, aunque útiles para ciertos fines, pueden reproducir jerarquías epistémicas y dejar fuera formas de producción cultural que no se ajustan a tales categorías. En lugar de una crítica a la existencia de marcos institucionales, se trata de reconocer sus límites y abrir el campo a miradas complementarias. Es en este sentido que iniciativas autónomas reivindican lo que Nicholas Mirzoeff (2016) denomina el “derecho a mirar”: la capacidad de construir representaciones propias de la realidad cultural desde posiciones situadas, sin requerir legitimación de estructuras tradicionales.

En este escenario, resulta pertinente examinar la experiencia de Nodos Culturales, una plataforma peruana de investigación-acción que constituye un caso paradigmático para el análisis de alternativas observacionales desde la sociedad civil. Fundada en 2021 por un grupo interdisciplinario de investigadores y gestores culturales como asociación civil sin fines de lucro, Nodos Culturales opera de manera autónoma frente al Estado, la academia tradicional y el sector privado, posicionándose como una infraestructura cívica independiente dedicada al análisis del ecosistema cultural.

Su contexto de emergencia es significativo. Perú presenta características comunes a muchos países latinoamericanos: un sector cultural heterogéneo donde coexisten instituciones formales con una vasta economía cultural informal; sistemas de información pública fragmentados

que privilegian lo cuantificable por encima de dinámicas comunitarias; y políticas culturales centralizadas que históricamente han mantenido limitada interlocución con iniciativas territoriales autogestivas. En Lima Metropolitana —una megaurbe de más de diez millones de habitantes que concentra un tercio de la población nacional— estas dinámicas se expresan de manera particularmente intensa: mientras los registros oficiales documentan principalmente equipamientos públicos e instituciones formales, florecen cientos de espacios culturales comunitarios, casas culturales independientes, colectivos artísticos y prácticas culturales territoriales que permanecen invisibilizados en los marcos observacionales tradicionales.

En este contexto, Nodos Culturales se concibe como una plataforma de investigación-acción que produce conocimiento cultural mediante metodologías colaborativas y situadas, buscando democratizar el acceso a la información y fortalecer la participación ciudadana en la construcción de políticas culturales. Su trabajo abarca múltiples dimensiones: el monitoreo sistemático del ecosistema cultural en Lima Metropolitana, la elaboración de cartografías culturales participativas, la producción de directorios y tableros de datos accesibles, así como el análisis de políticas públicas. Ha desarrollado 13 cartografías culturales documentando más de 539 espacios culturales y procesos participativos con 300 actores territoriales.

Esta experiencia se caracteriza por una apuesta metodológica centrada en la coproducción de conocimiento que contrasta con aproximaciones observacionales más convencionales. Mientras los marcos tradicionales suelen establecer una división clara entre quienes observan (investigadores, técnicos, funcionarios) y quienes son observados

(actores culturales, comunidades), esta iniciativa desarticula dicha jerarquía mediante procesos en los que los actores territoriales participan como coinvestigadores en la definición de categorías analíticas, la recolección de información y la interpretación de hallazgos. Esta metodología no solo busca generar datos más precisos, sino también fortalecer capacidades locales de análisis territorial y democratizar las herramientas de conocimiento.

Esta autonomía, lejos de representar un vacío institucional, ha permitido a Nodos Culturales establecer vínculos de confianza con actores culturales que suelen mantenerse al margen de los registros oficiales y de las dinámicas institucionales por sus posiciones críticas ante el Estado y la academia. Este acceso privilegiado a realidades culturales no formalizadas —común en contextos latinoamericanos donde persisten tensiones históricas entre movimientos culturales y estructuras institucionales— constituye una ventaja metodológica significativa que facilita el registro de dinámicas territoriales que los marcos observacionales convencionales no alcanzan a capturar. No obstante, esta misma autonomía plantea también desafíos críticos en términos de sostenibilidad, validación y alcance que resultan paradigmáticos para iniciativas similares en la región.

Las tensiones que emergen de esta experiencia —entre autonomía e institucionalización, entre participación y sostenibilidad, entre lo sensible y lo sistemático— no son específicas del contexto peruano, sino características de iniciativas de observación cultural que operan en contextos marcados por desigualdades estructurales, fragmentación institucional y la coexistencia de sectores culturales formales e informales. Estas dinámicas, presentes en diversos países del sur global,

plantean interrogantes sobre las condiciones estructurales necesarias para sostener formas alternativas de observación cultural desde la sociedad civil.

El presente análisis se inscribe en debates más amplios sobre la democratización del conocimiento, las epistemologías situadas y las prácticas contravisuales que interpelan quién tiene autoridad para observar, representar e incidir en la realidad cultural. Para examinar estas tensiones, este artículo estructura la reflexión en torno a tres preguntas fundamentales: ¿qué se observa?, ¿quién observa? y ¿para qué se observa? A través de cada interrogante, se reflexiona desde la experiencia de Nodos Culturales para explorar tanto las posibilidades como los límites de aproximaciones alternativas a la observación cultural: los desafíos de expandir el campo observable, las complejidades de democratizar la autoridad epistémica, y las tensiones inherentes a concebir la observación como práctica transformadora. En este sentido, este artículo ofrece elementos para repensar los fundamentos epistemológicos y metodológicos de los observatorios culturales y sugiere posibilidades para expandirlos hacia formas más participativas, situadas y horizontales.

La observación cultural como campo disputado: claves conceptuales

Para comprender las implicaciones epistemológicas y políticas de experiencias como Nodos Culturales, resulta necesario examinar los observatorios culturales no solo como instrumentos técnicos de recolección de datos, sino como dispositivos que participan activamente en la construcción de narrativas sobre la realidad cultural. Todo acto de observación implica decisiones sobre qué merece ser visto, desde qué

perspectiva y con qué propósitos. En este sentido, los marcos teóricos desarrollados en el campo de los estudios visuales—que han analizado críticamente las relaciones entre visualidad, conocimiento y poder—ofrecen herramientas conceptuales valiosas para repensar las prácticas observacionales en el campo cultural.

Visualidad, poder y conocimiento

La observación no es un acto neutro. Como argumenta Mirzoeff (2016), la *visualidad* occidental se ha constituido históricamente como un dispositivo de legitimación del poder que opera mediante la clasificación, la separación y la estetización. Este régimen de visualidad define lo que puede ser visto, cómo debe ser interpretado y quién tiene autoridad para representarlo. En contraste, la *contravisualidad* se plantea como una práctica crítica que disputa estos regímenes de visibilidad, abriendo espacio para representaciones autónomas que emergen desde posiciones subalternas.

En el campo cultural, estas dinámicas se traducen en marcos observacionales que privilegian ciertos objetos, metodologías y sujetos observadores por encima de otros. Los registros oficiales tienden a concentrarse en lo institucional, lo estable y lo cuantificable, lo que a menudo invisibiliza expresiones culturales que operan en la informalidad o desde dinámicas comunitarias no reconocidas formalmente. Esta configuración responde a lo que el teórico visual Joaquín Barriandos (2011) denomina la “colonialidad del ver”: una lógica visual que mantiene jerarquías epistémicas al definir quién observa, qué se observa y desde qué marco de legitimación.

Frente a ello, la *contravisualidad* no es solo resistencia simbólica, sino una práctica activa de producción de otras formas de mirar. El “derecho

a mirar” propuesto por Mirzoeff (2016) no implica únicamente el acceso al acto de observar, implica una relación mutua que configura “una subjetividad política y un sentido de colectividad” (p. 16), abriendo posibilidades para miradas relacionales e igualitarias.

El lugar de enunciación en la observación cultural

La crítica decolonial ha evidenciado cómo la objetividad de la mirada occidental opera mediante un doble movimiento: hace aparecer al “otro” como objeto de conocimiento, mientras oculta la posición de quien observa. Barriandos describe esto como una “matriz etnófaga de la mirada panóptica colonial” que persiste en formas contemporáneas de observación cultural y reproduce jerarquías entre “expertos institucionales” y “comunidades observadas” (p. 25).

En muchos observatorios culturales tradicionales, las comunidades culturales cumplen, principalmente, un rol como fuentes de datos, pero no como sujetos de agencia epistémica. Las decisiones sobre qué se registra, cómo se categoriza y para qué se usa la información suelen quedar en manos de técnicos, investigadores o funcionarios, reproduciendo un modelo extractivo que limita las posibilidades de construir representaciones genuinamente plurales y situadas del ecosistema cultural.

Tanto Barriandos (p. 20) como Manuel Montañés (2007) señalan la necesidad de cuestionar la jerarquía entre observadores y observados. Mientras Barriandos analiza las implicancias coloniales de la mirada occidental, Montañés propone un enfoque participativo en la observación: “Todos los sistemas observadores, con sus correspondientes saberes, han de participar en el proceso de producción de conocimiento” (p. 28). Critica cómo, en el modo de proceder clásico, unos seres

humanos “cuentan cuentos” y utilizan a otros como medida de sus relatos, sin propiciar que los relatos de la población puedan “también contar”, lo que denomina “perspectiva sociopráctica”. Montañés enfatiza que todos los actores deben participar de manera activa y que “todos han de contar y todos los cuentos han de ser tenidos en cuenta” (p. 28).

Este enfoque propone procesos en los que cada realidad pueda observar no solo lo que miran otros, sino también la propia observación del sistema investigador. Reconoce que el conocimiento de cada actor es único e intransferible, cuestiona el binarismo sujeto-objeto y abre paso a prácticas colaborativas donde se descentra el lugar de enunciación y se abren múltiples autoridades epistémicas que construyen conocimiento horizontal y situado. De esta manera, la observación cultural deja de ser un acto unilateral y se transforma en un proceso reflexivo, inclusivo y situado, capaz de generar representaciones más auténticas y plurales de la realidad cultural observada.

Epistemologías situadas y herramientas colaborativas

Frente a las limitaciones de los esquemas observacionales clásicos, emergen propuestas metodológicas que buscan democratizar no solo la producción, sino también el acceso al conocimiento territorial. Estas metodologías disruptivas a la observación clásica se alinean con la tradición latinoamericana de pensamiento decolonial, como los planteamientos de la socióloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui (2010), quien desarrolla la sociología de la imagen precisamente para acceder a sentidos bloqueados por las formas oficiales de conocimiento. Su noción aymara de lo *ch'ixi* plantea la coexistencia en paralelo de múltiples sistemas de conocimiento: estos pueden coexistir sin necesidad

de fusionarse o jerarquizarse, manteniendo sus especificidades mientras se complementan o incluso antagonizan de manera productiva. Es decir, cuestiona las limitaciones del lenguaje académico tradicional y propone metodologías que incorporen diversas formas de conocimiento territorial sin homogeneizarlas.

Estas perspectivas se materializan en experiencias como las del colectivo Iconoclasistas (Argentina), cuyas metodologías de mapeo colaborativo y cartografía crítica configuran dispositivos alternativos de observación territorial. Estas prácticas, más que representar el territorio, lo reconstruyen desde saberes comunitarios y horizontales, desafiando los marcos oficiales de validación.

Ahora bien, la democratización del conocimiento no se agota en su coproducción. Una crítica central a muchos observatorios culturales institucionales —incluidos los de origen académico— es su tendencia a organizar la información en lenguajes técnicos o formatos pensados exclusivamente para públicos *expertos*. Esto genera un acceso limitado desde sectores no especializados, reproduciendo la *torre de marfil* que revela el *para qué se observa* y *para quién*.

Frente a ello, resulta fundamental considerar también los dispositivos de acceso a la información como parte de la arquitectura epistemológica de la observación. La democratización de la mirada implica no solo quién observa y cómo, sino también quién puede interpretar, apropiarse y usar el conocimiento generado. En esta línea, la práctica de Nodos Culturales incorpora, desde sus proyectos, herramientas digitales abiertas, cartografías navegables y reportes en lenguaje accesible como estrategias de devolución del conocimiento hacia los territorios y comunidades donde se produce. Estos dispositivos, al estar diseñados para públicos diversos —gestores culturales, vecinos organizados o tomadores de decisión—,

plantean interrogantes sobre las condiciones reales de acceso, la capacidad de los actores locales para interpretar datos y el grado en que estos insumos pueden traducirse en agencia cultural. De este modo, más que resolver de forma definitiva la cuestión del acceso, la experiencia de Nodos Culturales en Perú invita a reflexionar sobre los límites y posibilidades de una democratización efectiva del conocimiento cultural.

¿Qué se observa? La expansión del campo observable

De los equipamientos culturales a los ecosistemas culturales

Una de las principales disputas en torno a la observación cultural es la definición misma de lo que merece ser observado. Los registros oficiales suelen privilegiar lo estable, lo institucionalizado y lo cuantificable, dejando fuera un amplio rango de prácticas que estructuran la vida cultural cotidiana.

En este marco, uno de los principales aportes metodológicos de Nodos Culturales es cuestionar los límites de la categoría “espacio cultural”. Mientras los sistemas oficiales de información en Perú —como los desarrollados por el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) a través del Registro Nacional de Municipalidades (Renamu)— tienden a concentrarse en infraestructuras formales gestionadas por entidades públicas (bibliotecas municipales, casas de cultura, teatros municipales), Nodos Culturales (2025a) propone una observación que reconoce no solo equipamientos culturales convencionales, sino que incorpora espacios no institucionales y espacios públicos donde también se lleva a cabo la vida cultural.

Esta ampliación, además de ser cuantitativa, es epistemológica. Sus cartografías culturales documentan no solo teatros, museos o bibliotecas, sino también casas culturales autogestionarias, losas deportivas activadas por la comunidad para eventos culturales, estudios de tatuaje que funcionan como nodos de socialización artística, restaurantes con programación cultural regular, mercados en los que se desarrollan prácticas musicales tradicionales, y parques donde ocurren presentaciones espontáneas o festivales comunitarios. Esta ampliación del campo observable permite visibilizar un ecosistema cultural en el que lo comunitario y lo informal ocupan un lugar central en la vida cultural que permanece en gran medida fuera de los marcos oficiales de observación.

Los datos sugieren la magnitud de esta invisibilización sistemática que se hace evidente al comparar con los registros oficiales. El Renamu contabiliza en 2024 apenas 107 infraestructuras culturales en Lima Metropolitana, ya que su rango de observación se restringe a las de gestión municipal (Nodos Culturales, 2025). En contraste, la Cartografía Cultural de Lima 2025 identificó más de 500 espacios culturales en la capital, incluyendo iniciativas municipales, estatales, privadas, institucionales y, sobre todo, de la sociedad civil. Este desfase no es menor si se considera que el Renamu constituye la principal fuente oficial sobre infraestructura cultural tomada de base para diagnósticos de brechas, planificación urbana y diseño de políticas culturales en Perú. El caso ilustra un problema recurrente en distintos contextos: cuando la política pública se construye a partir de una observación que solo captura una fracción de la realidad cultural, reproduciendo sesgos estructurales en la definición de prioridades, la asignación de recursos y el reconocimiento (o invisibilización) de actores culturales.

La diferencia no es solo numérica, sino conceptual: al asumir que lo cultural se define desde los usos territoriales efectivos y no únicamente desde marcos estatales o académicos, Nodos Culturales propone una redefinición del campo observable más sensible a las dinámicas cotidianas, comunitarias y afectivas de la vida cultural. En contextos latinoamericanos donde la economía cultural informal representa una proporción significativa del sector, esta expansión conceptual tiene implicaciones metodológicas y políticas importantes para la comprensión integral de los ecosistemas culturales urbanos.

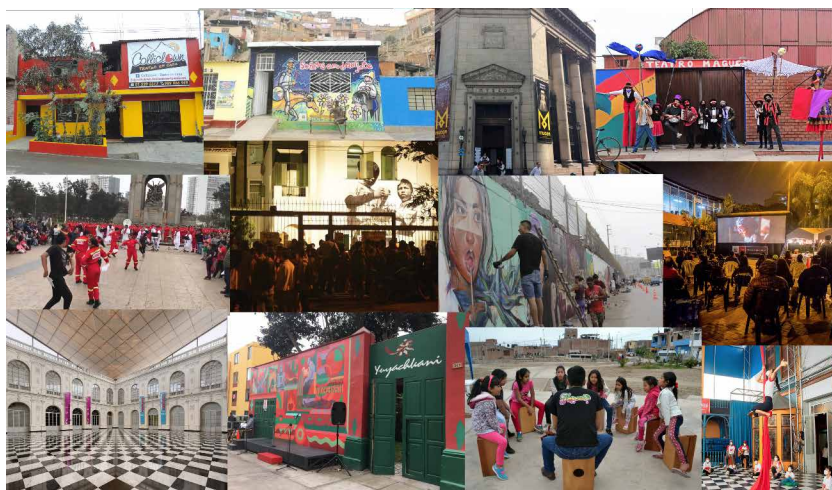


Figura 1. Diversidad de espacios culturales mapeados por Nodos Culturales en Lima Metropolitana. *Collage* de fotografías de espacios alternativos, públicos, equipamientos e instituciones culturales.

Fuentes: Colliclown, Biblioteca Comunitaria Quijote para la Vida, Museo del Banco Central de Reserva, Maguey Teatro, Campo de Marte, El Paradero Cultural, Festival Somos La 30, Lince Cultura, Museo de Arte de Lima, Yuyachkanki, Kilombo, La Tarumba.

Categorías emergentes desde la práctica territorial

Un aspecto metodológico central del trabajo de Nodos Culturales es su resistencia a la aplicación de categorías prefabricadas. En lugar de imponer tipologías desarrolladas en contextos institucionales o académicos, sus procesos de mapeo se caracterizan por la construcción colaborativa de un lenguaje cartográfico que dialoga con las formas específicas en que los actores territoriales experimentan, nombran y resignifican sus espacios culturales. En este proceso, el solo hecho de nombrar un lugar como *espacio cultural* a partir del uso cultural que las personas hacen de él implica ya una ruptura con las jerarquías tradicionales que determinan qué cuenta como cultura y quién tiene autoridad para definirla.

Esta forma de reconocimiento desde abajo subvierte los criterios oficiales que asocian lo cultural con lo institucional, lo programático o lo profesionalizado, y permite visibilizar dinámicas territoriales que usualmente quedan fuera del radar de las políticas públicas. La expansión del campo observable no consiste únicamente en registrar nuevos objetos, sino en disputar también los marcos de interpretación desde los cuales se comprende y se valora la vida cultural en la ciudad.

Espacios de memoria y significación afectiva

Uno de los aportes más significativos de las cartografías de Nodos Culturales es la incorporación de una dimensión memorial y afectiva en la definición de espacios culturales. Mientras los registros oficiales tienden a concebir los espacios culturales como infraestructuras permanentes asociadas a la programación institucional, las cartografías de Nodos Culturales incorporan una perspectiva más situada, que

reconoce formas culturales vinculadas a la memoria, la historia compartida y los afectos territoriales.

Se mapean espacios cuyo valor cultural no reside necesariamente en su función programática, sino en el rol simbólico que desempeñan en la vida cotidiana de las comunidades: esquinas emblemáticas, espacios de socialización de migrantes de determinadas regiones, plazas que concentran relatos invisibilizados o lugares que activan vínculos comunitarios más allá de su uso formal.

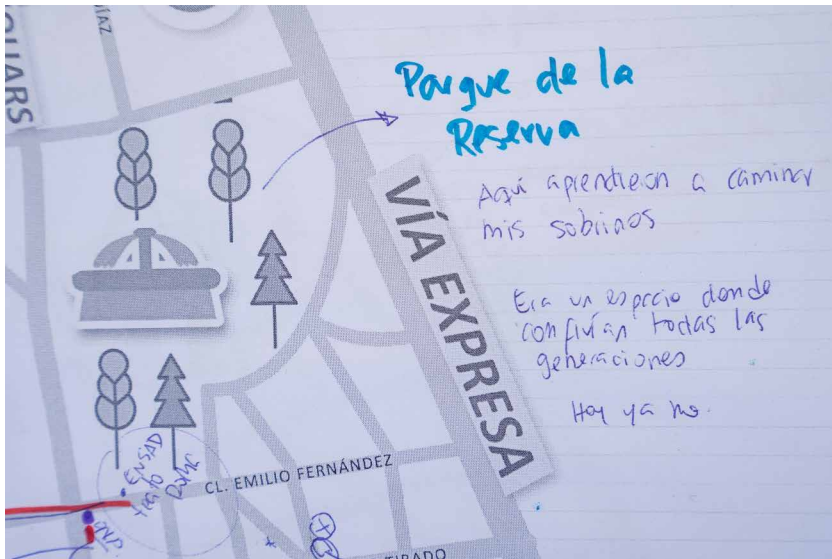


Figura 2. Mapeo cultural presencial del proyecto Cartografía Cultural de Lince, Jesús María y Santa Beatriz. Nodos Culturales (2021).

Esta mirada permite releer el territorio desde sus huellas, tensiones y sentidos compartidos. Retomando a Silvia Rivera Cusicanqui (2015, p. 300), quien describe los espacios urbanos como tejidos marcados por

“capas de pasado no digerido”, estas cartografías no solo documentan lo que ocurre, sino también lo que resiste, se recuerda y resignifica desde los saberes colectivos.

La incorporación de la dimensión memorial en los procesos cartográficos opera también como una práctica de activación cultural. En procesos como el mapeo cultural de la urbanización Santa Beatriz, mapear espacios de memoria reactivó conversaciones comunitarias y generó iniciativas de recuperación de archivos familiares y señalización de lugares significativos. De esta manera, el acto de observar se convierte en una práctica de activación de la memoria cultural territorial.

Así, estas prácticas cartográficas no solo amplían lo observable, sino que ejercen —en el sentido que propone Nicholas Mirzoeff— un *derecho a mirar* desde los márgenes, desafiando las lógicas de exclusión que estructuran la visualidad dominante. Esta disputa por ampliar lo observable conduce inevitablemente a una pregunta crucial: ¿quién observa? ¿Desde qué lugar se decide qué merece ser registrado, valorizado o legitimado como espacio cultural?

¿Quién observa? La democratización de la autoridad epistémica

Del privilegio enunciativo a la construcción colaborativa

Una pregunta fundamental que atraviesa toda práctica observacional es, como plantea Villegas (2023): “¿Quién tiene el privilegio enunciativo, el privilegio epistémico para nombrar, para narrar, para categorizar, para conceptualizar e incluso para situar la

narración en una dimensión temporal a través de la mirada?”. En muchos dispositivos de observación cultural clásica, el privilegio enunciativo suele recaer en figuras como investigadores, consultores especializados o funcionarios, quienes definen los marcos analíticos, las categorías de análisis y los criterios de validación desde posiciones externas al territorio. Aunque no siempre de forma explícita, estas dinámicas tienden a reproducir relaciones verticales que dejan poco margen para el reconocimiento epistémico de los actores culturales locales.

Nodos Culturales ensaya una desarticulación de esta lógica mediante una práctica observacional centrada en el reconocimiento de saberes territoriales. En lugar de reproducir la división entre quienes observan y quienes son observados, sus metodologías intentan redistribuir la autoridad epistémica, ampliando el espectro de quienes tienen poder de “capturar, clasificar, conceptualizar, vigilar, medir, analizar, registrar, extraer y narrar” (Villegas, 2023). Esta apuesta, aunque ambiciosa, enfrenta las tensiones propias de intentar horizontalizar relaciones en contextos atravesados por desigualdades de recursos, tiempo y capitales culturales.

Esta redistribución opera a través de múltiples dispositivos metodológicos. Además de sus procesos de mapeo cultural colectivo, Nodos Culturales despliega un ecosistema más amplio de tecnologías de observación cultural. Esto incluye análisis de políticas públicas, generación de indicadores accesibles y visualizaciones —como tableros interactivos de data cultural, directorios culturales, o reportes analíticos— que permiten a diversos actores leer críticamente sus entornos y participar en la definición de lo común.

La observación como dispositivo relacional

Reconociendo la tensión inherente a todo dispositivo de observación, la práctica cartográfica de Nodos Culturales asume lo que Rivera Cusicanqui denomina la incomodidad del “ojo intruso” (p. 300) y busca convertirla en oportunidad para construir relaciones horizontales de intercambio epistémico. Las sesiones de mapeo se inician siempre con una reflexión colectiva sobre los objetivos del proceso, los usos que se darán a la información generada, y las formas en que los participantes pueden mantener control sobre las representaciones que se construyan de sus territorios, y los mecanismos a través de los cuales podrán acceder y apropiarse de los resultados del proceso. No obstante, estas intenciones no siempre logran materializarse plenamente, ya que las asimetrías de conocimiento técnico, la brecha digital y las diferencias en disponibilidad de tiempo pueden reproducir jerarquías no deseadas.

Esta aproximación ética materializa lo que Mirzoeff (2016) denomina *el derecho a mirar*: los participantes de los mapeos colectivos de Nodos Culturales observan críticamente los marcos de mapeo propuestos, cuestionan categorías que no corresponden a sus experiencias territoriales, y proponen aproximaciones alternativas que incorporen sus propias formas situadas de entender y valorar lo cultural. Se configura así una práctica observacional que invierte la lógica extractiva tradicional, abriendo espacio para formas de observación basadas en el reconocimiento mutuo y la construcción colaborativa de conocimiento.

De informantes a coinvestigadores

Los procesos de mapeo cultural colectivo de Nodos Culturales se estructuran como espacios de construcción colaborativa de conocimiento

donde participan gestores culturales, artistas, vecinos, comerciantes y otros actores territoriales en calidad de coinvestigadores. El enfoque metodológico se fundamenta en el valor de los saberes situados; es decir, de que las personas poseen conocimientos específicos y profundos sobre el territorio que no pueden ser reemplazados por experticia externa, por más especializada académicamente esta sea.

Esta metodología no solo busca democratizar la producción de conocimiento, sino también fortalecer la ciudadanía cultural al reconocer en la investigación y en la generación de datos una vía legítima para ejercer el derecho a participar en la definición de lo cultural y de lo común. En los procesos de mapeo, los participantes desarrollan competencias de lectura crítica de datos y de narrativas de la ciudad que trascienden el momento específico del mapeo y fortalecen sus capacidades de incidencia en otros espacios de participación ciudadana.

Esta redistribución de la autoridad epistémica se materializa en la práctica lo que Montañés (2007) plantea cuando sostiene que “todos los sistemas observadores, con sus correspondientes saberes, han de participar en el proceso de producción de conocimiento”. Los marcos analíticos resultantes no corresponden ni a la imposición de categorías académicas ni a la reproducción acrítica de sentido común territorial, sino a construcciones dialógicas complejas que articulan múltiples formas de conocimiento sin jerarquizarlas *a priori*.



Figura 3. Sesión de mapeo colaborativo de Nodos Culturales donde participantes de diversos perfiles construyen colectivamente la representación cartográfica de su territorio cultural. Proyecto Cartografía Cultural de Pueblo Libre, Magdalena del Mar y San Miguel. Fuente: Nodos Culturales (2023).

Articulaciones territoriales como espacios epistémicos

En los procesos cartográficos de Nodos Culturales, la articulación territorial con actores locales no es un requisito logístico, sino el núcleo que define el sentido de la observación. Esta dimensión relacional convierte la producción de datos culturales en una práctica de construcción epistémica colaborativa, más que en un simple ejercicio de levantamiento de información. Las articulaciones se dan tanto con referentes locales —gestores de casas culturales independientes en distritos periféricos, colectivos artísticos en espacios no convencionales, dirigentes vecinales— como a través de mapeos culturales de convocatoria abierta que llaman a una participación ciudadana amplia.

Esta metodología permite combinar la profundidad del conocimiento especializado de referentes territoriales con la diversidad de perspectivas que aporta la participación abierta. Los actores clave contribuyen a definir criterios de mapeo, validar marcos conceptuales e interpretar hallazgos, mientras que el mapeo abierto democratiza la construcción de conocimiento y enriquece la pluralidad de voces que participan en la representación del ecosistema cultural.

Este proceso genera lo que Rivera Cusicanqui denomina “escenario taypi” (p. 295), un concepto proveniente de la cosmología andina que refiere a espacios intermedios o de encuentro donde pueden dialogar elementos aparentemente opuestos sin necesidad de fusionarse: “La teoría y la práctica, el norte con el sur, la realidad pensada y habitada con aquella enjaulada en los libros”. Trasladado a la práctica de Nodos Culturales, el concepto ayuda a comprender cómo relatos vecinales, afectos territoriales o memorias barriales pueden coexistir con herramientas analíticas como el procesamiento de datos y el análisis estadístico. No se trata de que uno subsuma al otro, sino de ensayar formas de coproducción de conocimiento donde cada dimensión mantiene su especificidad al tiempo que dialogan.

De este modo, la observación se revela no solo como técnica de recolección de información, sino como práctica de construcción de comunidad epistémica: un proceso donde se producen datos sobre ecosistemas culturales al mismo tiempo que se tejen vínculos y redes de colaboración que trascienden el momento puntual de la observación.

Confianza epistémica y autorrepresentación

La capacidad de Nodos Culturales para generar confianza entre actores culturales que mantienen relaciones tensas con instituciones

oficiales se basa en su posición autónoma y en el reconocimiento de la autorrepresentación como “dispositivo que permite romper con los regímenes de representación en los cuales ha sido narrado e inscrito el Sur Global” (Villegas, 2023). Esta confianza no es meramente procedimental, sino epistémica: se vincula con la percepción de que los conocimientos territoriales aportados por las comunidades no serán reducidos a insumos para análisis externos, sino que conservan agencia en la construcción de las narrativas y representaciones que se producen.

En América Latina, este aspecto adquiere especial relevancia por la persistencia de tensiones históricas entre movimientos culturales de base y las instituciones académicas o estatales. Como advierte Villegas (2019), los procesos de investigación pueden reproducir formas de extractivismo epistémico cuando las comunidades son consultadas como fuentes de información sin participar en la interpretación ni en el uso posterior del conocimiento. Frente a este riesgo, la apuesta metodológica de Nodos Culturales busca marcar un contraste: al diseñar espacios de coproducción donde actores locales validan marcos conceptuales, criterios de mapeo e interpretaciones de resultados, se procura evitar la instrumentalización de los participantes como simples “informantes”.

La posición autónoma de Nodos Culturales —no adscrita a ninguna institución pública, académica o privada— permite generar confianza con gestores culturales que operan en condiciones de informalidad, colectivos que desarrollan prácticas culturales no convencionales y comunidades históricamente excluidas de los circuitos culturales oficiales. Así, el proceso de observación se convierte en un espacio de

reconocimiento y agencia epistémica sobre sus territorios y prácticas. A la vez, esta confianza abre acceso a dimensiones de la vida cultural que suelen permanecer invisibilizadas en marcos observacionales tradicionales: espacios que no aparecen en registros oficiales, redes informales de colaboración, conflictos internos del sector, innovaciones metodológicas surgidas desde la práctica y formas experimentales de gestión cultural comunitaria.

Acceso, devolución y apropiación del conocimiento

La apuesta por redistribuir la autoridad epistémica no se limita a la fase de producción de información, sino que se extiende también a la forma en que se interpreta, visualiza y devuelve el conocimiento al territorio. Nodos Culturales se concibe como una infraestructura cívica que facilita el acceso público a la información cultural y promueve su apropiación por parte de múltiples actores sociales.

Los análisis posteriores a las cartografías buscan generar narrativas accesibles que resignifiquen los hallazgos desde claves territoriales, evitando el encierro técnico o académico de los datos. Las herramientas desarrolladas —como tableros interactivos de datos culturales, directorios territoriales o informes sobre acceso cultural distrital— permiten a gestores, vecinos y tomadores de decisión explorar datos, identificar brechas e interpretar sus propios contextos en diálogo con un marco territorial más amplio. Se trata de herramientas que amplían el derecho a mirar, a leer críticamente el entorno, y a participar en la interpretación de lo común.

Esta estrategia no solo apunta a abrir datos, sino también a fortalecer capacidades interpretativas en los territorios. La democratización

del conocimiento no se limita al acceso a la información, sino que habilita a más personas a convertirse en interlocutores válidos en las conversaciones sobre políticas culturales, usos del espacio urbano y construcción de ciudad. Así, la observación cultural se convierte en una práctica cívica, relacional y transformadora que redistribuye competencias tradicionalmente en manos de sectores técnicos especializados.

En suma, la propuesta metodológica de Nodos Culturales no se limita a desestabilizar la figura del observador privilegiado, sino que habilita formas colaborativas de interpretación, representación y agencia territorial. La observación se convierte así en un dispositivo relacional que redistribuye legitimidades, amplía capacidades interpretativas y fortalece una ciudadanía cultural activa.

Sin embargo, esta transformación en los modos de observar plantea un desafío mayor: ¿cómo sostener estructuras de observación que reconozcan la pluralidad epistémica de los territorios? La siguiente sección aborda precisamente esta pregunta al examinar las condiciones institucionales, técnicas y políticas que pueden permitir —o impedir— la consolidación de observatorios culturales verdaderamente situados, colaborativos y orientados al bien común para observar desde el territorio y no desde el escritorio.



Figura 4. Presentación pública de la Cartografía Cultural de Pueblo Libre, Magdalena del Mar y San Miguel con los participantes del proceso colectivo (2023).

¿Para qué se observa? Usos y transformaciones del conocimiento

De la extracción de datos a la activación territorial

La pregunta por el uso del conocimiento es tan política como la pregunta por quién lo produce. Observar no es una práctica neutra: toda producción de datos involucra decisiones sobre qué se registra, para quién se registra y con qué finalidad. En los observatorios culturales tradicionales, la observación suele concebirse como un proceso técnico que separa a quienes generan datos de quienes los viven. Bajo esta

lógica, los territorios devienen objetos de análisis más que sujetos de transformación.

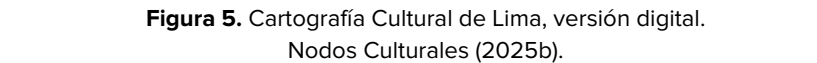
En contraste, la experiencia de Nodos Culturales plantea una práctica observacional que no se limita a la acumulación de información, sino que busca activar procesos territoriales a partir de la construcción colectiva de conocimiento. Observar, en esta perspectiva, no es capturar lo existente desde fuera, sino movilizar lo posible desde dentro.

Desde los primeros encuentros del proceso de mapeo, se generan transformaciones significativas incluso antes de producir resultados tangibles: se activa la memoria colectiva, se facilita el reconocimiento entre actores que coexisten sin haberse articulado previamente, se revalorizan conocimientos locales y se crean condiciones para nuevas formas de colaboración. Las cartografías resultantes no solo representan el ecosistema cultural, sino que también funcionan como herramientas que pueden visibilizar potencialidades, revelar vacíos territoriales que requieren atención y ofrecer marcos interpretativos desde los cuales las propias comunidades proyectan y disputan futuros posibles.

Productos cartográficos como dispositivos de transformación

Las cartografías de Nodos Culturales operan como tecnologías sociales que redistribuyen capacidades de enunciación territorial más allá de su función representacional. Cada cartografía funciona como un contraarchivo que disputa las narrativas oficiales sobre el territorio urbano. Al documentar espacios culturales autogestivos, prácticas comunitarias y formas de organización no institucionalizadas, estas representaciones amplían el campo de lo reconocible como parte del ecosistema cultural. No se trata solo de “llenar vacíos” en los registros

Estas cartografías operan también como herramientas de legitimación para actores culturales que históricamente han carecido de reconocimiento institucional. Al Aparecer representados en mapas sistemáticos y metodológicamente rigurosos, gestores culturales comunitarios, espacios autogestivos y prácticas culturales no convencionales adquieren una forma de visibilidad que fortalece sus capacidades de incidencia ante autoridades municipales, organismos de financiamiento y otros actores institucionales.



Redes de colaboración e incidencia en el tejido cultural

Los procesos de mapeo colaborativo han generado articulaciones territoriales que exceden los objetivos iniciales de la observación. En múltiples casos documentados, las sesiones cartográficas han funcionado como espacios de encuentro que han detonado colaboraciones inesperadas: gestores culturales que desarrollan proyectos conjuntos después de conocerse en las sesiones de mapeo, espacios que comienzan a programar actividades colaborativas, y redes territoriales que se fortalecen a partir del reconocimiento mutuo facilitado por el mapeo.

Estas transformaciones evidencian cómo democratizar la observación puede operar como una tecnología social de construcción de comunidad. El acto de mapear colectivamente no solo produce conocimiento sobre el territorio, sino que también produce territorio: genera vínculos sociales, activa memoria colectiva y construye infraestructuras relacionales que enriquecen el ecosistema cultural local.

Un aspecto particularmente significativo de estos procesos es su capacidad para articular actores de diferentes escalas y trayectorias. Las cartografías han facilitado diálogos entre iniciativas culturales consolidadas y emergentes, entre espacios formales e informales, y entre actores con diferentes grados de institucionalización. Se configura así una forma de observación que no solo documenta la diversidad territorial, sino que también la activa políticamente.

Observación como práctica de activismo metodológico

La experiencia de Nodos Culturales demuestra que la observación puede constituirse como una forma específica de activismo que opera a través de la metodología. Este “activismo metodológico” no separa la

investigación de la transformación social, sino que asume la producción de conocimiento como una práctica inherentemente política que puede contribuir a disputar hegemonías territoriales.

Este activismo se materializa en múltiples dimensiones: cuestiona las representaciones dominantes del territorio al visibilizar espacios y prácticas marginalizadas; disputa las categorías oficiales mediante las cuales se comprende lo cultural; fortalece las capacidades de enunciación de actores territoriales; y contribuye a la construcción de narrativas contrahegemónicas sobre la ciudad y sus dinámicas culturales.

Democratización de las tecnologías de conocimiento territorial

Un aspecto fundamental de la práctica de Nodos Culturales es su contribución para democratizar tecnologías de análisis territorial que tradicionalmente han permanecido monopolizadas por instituciones académicas, consultoras especializadas o dependencias gubernamentales. Al desarrollar metodologías accesibles y transferibles, Nodos Culturales contribuye a distribuir competencias que anteriormente estaban concentradas en sectores técnicos especializados.

Esta democratización opera tanto a través de la transferencia metodológica como del desarrollo de herramientas tecnológicas de libre acceso que permiten a otros actores replicar experiencias similares en sus territorios. La apuesta no consiste solo en involucrar a las comunidades en procesos de observación dirigidos externamente, sino en fortalecer capacidades autónomas para que los territorios puedan observar y analizar sus propias dinámicas culturales sin depender de mediaciones institucionales externas.

Esta apuesta metodológica se inscribe en debates más amplios sobre soberanía epistémica y descolonización del conocimiento. Al fortalecer capacidades locales de observación cultural, se contribuye a que las comunidades no dependan exclusivamente de miradas externas para comprender y representar sus realidades, construyendo formas de autonomía epistémica territorial.

En síntesis, la pregunta sobre para qué se observa encuentra en Nodos Culturales una respuesta que trasciende la producción de información: se observa para activar territorios, disputar narrativas hegemónicas, fortalecer tejidos sociales y democratizar las herramientas de conocimiento. Esta concepción transformadora de la observación, sin embargo, no está exenta de tensiones y desafíos estructurales, como analizaremos en la siguiente sección.

Tensiones y desafíos de la observación cultural desde la sociedad civil

La experiencia de Nodos Culturales sugiere que es posible desarrollar sistemas de observación cultural desde la sociedad civil, manteniendo autonomía frente al Estado y la academia tradicional. Esta posición facilita la generación de metodologías más sensibles a los territorios y construir vínculos de confianza con actores que suelen quedar al margen de las políticas oficiales. Sin embargo, también revela tensiones estructurales que condicionan la sostenibilidad, la escala, la circulación y la legitimidad de este tipo de iniciativas.

Estas tensiones no se resuelven de manera definitiva, sino que se gestionan de forma constante. No son únicamente de orden técnico o financiero, sino también epistémicas, metodológicas y éticas. Surgen de

intentar sostener una práctica situada, sensible y colaborativa en un ecosistema cultural y académico dominado por lógicas de estandarización, jerarquización institucional y criterios de validación frecuentemente ajenos a la experiencia territorial.

Autonomía e institucionalización

El trabajo de Nodos Culturales enfrenta un dilema permanente: mantener una autonomía metodológica y política que asegure marcos propios de observación y vínculos horizontales con actores locales, sin renunciar a incidir en espacios institucionales donde se deciden recursos, políticas y normativas que inciden directamente en los ecosistemas culturales observados. Se mencionó líneas atrás que la distancia respecto al Estado y a la academia permite construir confianza con actores locales, evitar lógicas extractivas de investigación y desarrollar lecturas no instrumentales del campo cultural. Pero también conlleva obstáculos concretos: baja interlocución con decisores públicos y limitadas posibilidades de inserción en políticas culturales.

Esta tensión se vuelve explícita al contrastar las metodologías de los sistemas oficiales de medición —como los producidos por el INEI en Perú— con los abordajes cualitativos y relacionales de Nodos Culturales. Mientras el enfoque estatal prioriza variables estandarizadas (como infraestructura, institucionalidad o eventos inscritos), las cartografías culturales de Nodos Culturales visibilizan redes informales de colaboración, memorias barriales y dinámicas no institucionalizadas que no se adaptan fácilmente a formatos cuantitativos.

Para incidir efectivamente en espacios de decisión política, frecuentemente es necesario traducir estos hallazgos a formatos reconocibles

por las instituciones. Pero esta traducción no es técnicamente neutra: puede generar desvíos interpretativos, simplificaciones de la complejidad territorial, o despolitizaciones del conocimiento construido colectivamente que neutralicen su potencial transformador. Este dilema atraviesa también a otras experiencias de observación cultural en el sur global, donde la búsqueda de legitimidad institucional suele entrar en tensión con la defensa de metodologías sensibles a lo territorial.

Entre la sistematización y lo sensible

Observar lo cultural implica traducir lo sensible, lo afectivo y lo memorial a lo sistemático. Construir bases de datos estructuradas, desarrollar visualizaciones comparables y establecer tipologías analíticas exige reducir la complejidad afectiva, narrativa y territorial de los procesos culturales a categorías operativas. Esta operación, inevitable en todo sistema de observación, plantea dilemas: ¿cómo conservar el espesor simbólico de una práctica al convertirla en un dato? ¿Cómo representar sin neutralizar?

En procesos participativos de mapeo cultural, se recogen frecuentemente relatos cargados de sentido que corren el riesgo de ser aplastados por las categorías técnicas. Para evitar esta reducción, Nodos Culturales integra dispositivos narrativos, elementos simbólicos y formatos visuales no convencionales que permiten mantener abiertas las múltiples capas de significación sin sacrificar completamente la operatividad analítica.

La tensión entre inteligibilidad técnica y sensibilidad territorial no desaparece mediante ajustes metodológicos: se habita de manera permanente a través de decisiones constantes sobre qué aspectos priorizar,

qué dimensiones sacrificar, y cómo equilibrar las exigencias de sistematicidad con el compromiso de no instrumentalizar el conocimiento territorial. Esta negociación constante forma parte del trabajo cotidiano y requiere espacios reflexivos donde el equipo y los participantes evalúen críticamente los efectos de las decisiones metodológicas sobre la representación de las realidades territoriales.

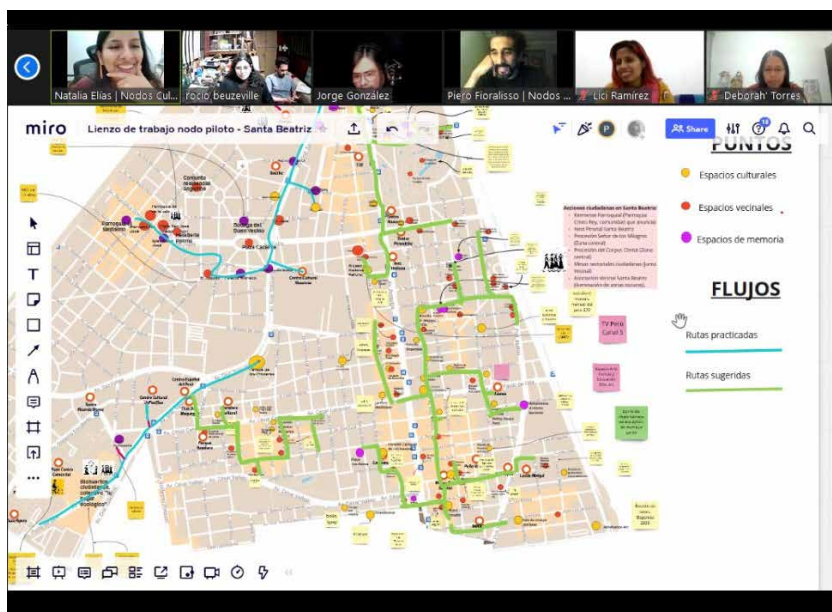


Figura 6. Mapeo cultural del proyecto Cartografía Cultural de Lince, Jesús María y Santa Beatriz. Nodos Culturales (2021).

Entre la participación y la sostenibilidad

Los procesos participativos fortalecen el tejido cultural, generan vínculos de confianza y abren espacios de co-creación del conocimiento. Pero también requieren tiempo, cuidados y recursos que

exceden con frecuencia las capacidades operativas de una organización independiente.

Involucrar comunidades en procesos sostenidos de observación cultural implica una responsabilidad ética y política que no puede recaer únicamente en el compromiso voluntarista o la vocación personal del equipo facilitador. Requiere condiciones materiales específicas: espacios físicos accesibles para reuniones, tecnologías adecuadas para el trabajo colaborativo, tiempo remunerado del equipo, recursos para la movilidad de participantes y capacidades técnicas para sistematizar y devolver resultados en formatos apropiables por las comunidades. Sin estas condiciones, la participación corre el riesgo de reducirse a un gesto simbólico sin capacidad de transformar las dinámicas de producción y uso del conocimiento.

Ante estas restricciones, Nodos Culturales ha desarrollado metodologías adaptativas que buscan equilibrar rigor y viabilidad, explorando estrategias de bajo costo como mapeos colectivos virtuales y cartografías culturales digitales. La tensión entre participación real y sostenibilidad operativa, lejos de resolverse de manera simple, se convierte en un motor de innovación metodológica.

Así, la autonomía de Nodos Culturales opera simultáneamente como su principal fortaleza metodológica y como una limitación estructural para su sostenibilidad. Este dilema, lejos de ser un rasgo exclusivamente peruano, interpela a múltiples experiencias del sur global que enfrentan el mismo desafío: cómo sostener prácticas de observación cultural participativa con legitimidad territorial sin quedar atrapadas en la precariedad material. Reconocer esta tensión invita a repensar mecanismos de financiamiento internacional que no erosionen la

autonomía, sino que la fortalezcan como condición indispensable para la producción de conocimiento situado y democrático.

Entre la visibilización y la exposición

Hacer visible una práctica cultural puede ser una forma de reconocimiento y fortalecimiento, pero también puede implicar riesgos. En contextos marcados por procesos de gentrificación, de criminalización de determinadas prácticas culturales —como las del espacio público—, o extractivismo cultural, la cartografía como dispositivo de observación no es una herramienta neutra.

Señalar un espacio en un mapa de acceso público, registrar un actor cultural en una base de datos abierta, o categorizar una práctica comunitaria puede generar dinámicas no deseadas de apropiación comercial, desplazamiento territorial, cooptación institucional, o exposición a formas de control estatal que anteriormente no existían. En algunos casos, la visibilización puede alterar las condiciones específicas que permitían la existencia de determinadas prácticas culturales: su carácter informal, su relativa invisibilidad ante autoridades, o su funcionamiento en márgenes no regulados.

Por ello, toda decisión de visibilización debe estar atravesada por preguntas éticas fundamentales: ¿para qué se visibiliza?, ¿para quién?, ¿en qué momento?, ¿con qué resguardos? Estos dilemas, si bien se expresan con particular fuerza en el caso peruano, no son ajenos a otros escenarios urbanos donde la informalidad y la vulnerabilidad cultural juegan un papel central. En este terreno, la representación es siempre una disputa, no una celebración. Y la mirada del observador nunca es completamente inocente.

Validación epistémica y reconocimiento académico

Los productos metodológicos de Nodos Culturales —por su carácter colaborativo, procesual y situado— enfrentan resistencias en los circuitos académicos tradicionales que definen estándares de legitimidad epistémica y condiciones de circulación del conocimiento. Aspectos concretos, como la dificultad de publicar investigaciones coautoradas con actores comunitarios, la apuesta por lenguajes accesibles a públicos no académicos, y el uso de formatos no convencionales (cartografías interactivas, reportes visuales, narrativas multimedia) muestran cómo estas tensiones no son solo simbólicas, sino estructurales, y limitan el reconocimiento de saberes colectivos en los sistemas formales de validación.

Esto restringe la circulación de estos conocimientos en espacios académicos que tienen capacidad de definir estándares de legitimidad, influir en políticas de investigación, y orientar la formación de nuevas generaciones de investigadores culturales. Pero también abre oportunidades estratégicas para interpelar esas normas, proponer criterios alternativos de valor epistémico, y disputar los sentidos dominantes de la investigación cultural en contextos latinoamericanos.

La tensión no se resuelve mediante la adaptación a estándares académicos convencionales —lo que implicaría renunciar a aspectos centrales de la propuesta metodológica— ni mediante el rechazo completo de espacios de validación académica —lo que limitaría significativamente el alcance y la influencia de la propuesta—. Requiere estrategias creativas que permitan traducir parcialmente los hallazgos a formatos académicos sin traicionar los principios metodológicos, y construir alianzas con sectores académicos dispuestos a cuestionar sus propios criterios de validación.

Hacia una ecología de observación situada

La experiencia de Nodos Culturales sugiere que la observación cultural no se trata de replicar fórmulas ni de escalar modelos, sino de fortalecer una ecología de iniciativas observacionales independientes. Construir condiciones estructurales para la sostenibilidad, circulación y legitimidad del conocimiento desde la sociedad civil requiere redes de apoyo mutuo, alianzas con instituciones dispuestas a cuestionar sus propios criterios operativos, e intercambios metodológicos entre experiencias diversas.

En un campo cultural fragmentado y desigual, observar también es una forma de cuidar, de narrar lo común y de ser consciente desde dónde se observa. Pero siempre con la conciencia de que el conocimiento generado en colectivo no es un producto terminado, sino una práctica viva, territorialmente situada y en disputa permanente.

¿Qué observamos cuando observamos cultura?

El análisis de la experiencia de Nodos Culturales a partir de tres preguntas fundamentales —qué se observa, quién observa y para qué se observa— sugiere que es posible ensayar sistemas de observación cultural que articulen rigor metodológico con democratización epistémica. La observación cultural desde la sociedad civil puede generar conocimiento sistemático, crítico y socialmente relevante sin reproducir las jerarquías epistémicas características de los marcos observacionales tradicionales.

La expansión del campo observable más allá de los espacios institucionalizados, la redistribución de la autoridad epistémica mediante metodologías participativas y la concepción de la observación como una

práctica transformadora configuran una aproximación alternativa de generar conocimiento. Las cartografías culturales resultantes no solo documentan realidades culturales: las activan, las reconfiguran y disputan narrativas hegemónicas sobre lo urbano y lo cultural.

Sin embargo, esta experiencia también revela tensiones estructurales que no se resuelven mediante ajustes técnicos, sino que requieren transformaciones más profundas en las condiciones bajo las cuales se produce, valida y circula el conocimiento cultural. Tensiones entre autonomía e institucionalización, entre lo sensible y lo sistemático, entre participación y sostenibilidad, que trascienden el caso específico de Nodos Culturales y remiten a desafíos más amplios para la producción de conocimiento en América Latina.

A partir de esta trayectoria, se propone una resignificación del concepto de observatorio cultural, que se desplace desde las estructuras hacia los procesos, desde los productos hacia las prácticas, desde la observación hacia la activación territorial. En lugar de estructuras verticales dedicadas a la acumulación de datos, los observatorios culturales podrían concebirse como dispositivos relacionales que democratizan las tecnologías de conocimiento territorial y fortalecen las capacidades locales de análisis y representación.

Esto implica reconocer que la observación cultural no es una operación técnica neutra, sino una práctica situada, relacional y política. Como práctica situada, se ancla en los territorios y reconoce la especificidad de cada contexto. Como práctica relacional, se construye en el encuentro entre saberes diversos. Como práctica política, asume su capacidad de incidir sobre las representaciones dominantes y redistribuir el derecho a mirar/observar.

Desde esta perspectiva, se abren posibilidades para imaginar futuros más diversos para la observación cultural en América Latina: experiencias híbridas que articulen legitimidad institucional con participación horizontal; redes de observación que conecten lo autogestivo con lo académico; plataformas tecnológicas que integren datos oficiales y conocimiento producido colectivamente. Estos caminos apuntan hacia ecosistemas observacionales más democráticos, sensibles y colaborativos que puedan responder mejor a la complejidad y diversidad de los territorios culturales latinoamericanos.

Las preguntas que orientaron esta reflexión no tienen respuestas fijas: requieren negociación permanente en procesos de coproducción de conocimiento. Esa negociación —a menudo invisible y siempre situada— constituye tal vez el aporte más relevante que experiencias como la de Nodos Culturales pueden ofrecer al campo de la observación cultural. En contextos marcados por desigualdades estructurales y fragmentación institucional, observar cultura desde la sociedad civil no es una alternativa romántica, sino una práctica concreta para redistribuir el poder de mirar, representar y decidir sobre lo común.

Bibliografía

- Barriendos, J. (2011). La colonialidad del ver. Hacia un nuevo diálogo visual interepistémico. *Nómadas*, 35, 13-29.
- Mirzoeff, N. (2016). El derecho a mirar. *IC Revista Científica de Información y Comunicación*, 13, 29-65.
- Montañés, M. (2007). Más allá del debate cuantitativo/cualitativo: la necesidad de aplicar metodologías participativas conversacionales. *Política y Sociedad*, 44(1), 13-29.

Nodos Culturales (2025a). Cartografía Cultural de Lima 2025. Disponible en: <https://nodosculturalesperu.com/cartografiacultural2025/>

Nodos Culturales (2025b). La radiografía de la infraestructura cultural municipal en Perú: análisis de datos Renamu 2024. Disponible en: <https://nodosculturalesperu.com/renamu/>

Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rivera Cusicanqui, S. (2015). *Sociología de la imagen: Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Villegas, F. (2019). Sismología. Extractivismo epistémico, paradojas raciales y soberanía cultural. *Millcayac. Revista Digital de Ciencias Sociales*, 6(10), 13-20.

Villegas, F. (2023). Miradas anticoloniales, contravisualidad, regímenes de representación y estéticas antirracistas a través de la fotografía y la imagen. Seminario Internacional Virtual.

María Cecilia Báez | Pablo Cardoso (Coords.)

OBSERVATORIOS CULTURALES EN AMEROIBÉRICA

¿QUÉ HACEN LOS OBSERVATORIOS CULTURALES?

TOMO 1



¿Qué hacen los observatorios culturales?

En las últimas décadas, los observatorios culturales se volvieron piezas estratégicas del ecosistema cultural ameroibérico: producen, sistematizan y difunden conocimiento allí donde los sistemas de información oficiales son frágiles, discontinuos o directamente están paralizados. Este primer tomo reúne once experiencias de Brasil, Uruguay, Ecuador, Chile, Argentina, Colombia, México, Perú y España, narradas por gestores de estas unidades de investigación.

Organizado en dos secciones —una dedicada a los posicionamientos teóricos, los abordajes metodológicos y los desafíos de la incidencia; otra a las nuevas metodologías e intersecciones disciplinares—, el volumen propone una tipología de observatorios (universitarios, gubernamentales y del tercer sector) y sigue el hilo de sus tensiones: financiamiento, autonomía crítica, acceso a bases de datos públicas, supervivencia frente a los vaivenes políticos.

De las experiencias de observatorios con décadas de trayectoria a los proyectos que hoy buscan hackear las cajas negras del big data cultural, el recorrido funciona también como ejercicio de memoria: la cartografía de un campo que, tras Mondiacult 2025, discute su lugar en tiempos de polarización y de retorno de prácticas autoritarias.

OBSERVATORIOS CULTURALES EN AMEROIBÉRICA ¿QUÉ HACEN LOS OBSERVATORIOS CULTURALES?

MARÍA CECILIA BÁEZ
PABLO CARDOSO
COORDINADORES

.UBAECONÓMICAS

C Observatorio
CULTURAL

 **rgc**

Báez, María Cecilia

Observatorios culturales en ameroibérica. ¿Qué hacen los observatorios culturales? / María Cecilia Báez ; Pablo Cardoso ; Compilación de María Cecilia Báez ; Pablo Cardoso. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RGC Libros, 2026.

Libro digital, PDF - (Cuadernos de investigación ; 11)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6776-21-1

1. Estudios Culturales. I. Cardoso, Pablo II. Báez, María Cecilia, comp. III. Cardoso, Pablo, comp. IV. Título.

CDD 306

DOL: 10.64890/7

Equipo RGC:

Nicolás Sticotti,

Emiliano Fuentes Firmani y

Leandro Vovchuk

Diseño de interior y tapa: Ana Uranga B. | melasa diseño

Corrección: Sebastián Spano

1° edición, 2026

www.rgcediciones.com.ar

© 2026 RGC - Redes de Gestión Cultural

Todos los derechos libres de ser compartidos.



Índice

INTRODUCCIÓN.....	7
-------------------	---

María Cecilia Báez y Pablo Cardoso

POSICIONAMIENTOS TEÓRICOS, ABORDAJES METODOLÓGICOS Y DESAFÍOS PARA LA INCIDENCIA

OPCULT y los observatorios culturales en Brasil: entre políticas, instituciones y permanencia	41
--	-----------

Maria de Fátima Rodrigues Makiuchi y Daniela Favaro Garrossini

Observatorio Universitario de Políticas Culturales de Uruguay: un recorrido en más de dos décadas.....	64
---	-----------

Susana Dominzain y Luisina Castelli Rodríguez

El Observatorio de Políticas y Economía de la Cultura de la Universidad de las Artes: producir conocimiento, tejer redes e incidir en las políticas culturales desde Ecuador hacia América Latina	95
--	-----------

Pablo Cardoso

Observatorio de la Fundación Itaú: una mirada estratégica a la transformación social.....	139
--	------------

Carla Chiamareli, Esmeralda Correa Macana,

Alan Pessoa Valadares y Bruno Truzzi

El Observatorio de Políticas Culturales de Chile: historia, informes anuales y aportes a las políticas culturales	171
--	------------

Felipe Villagrán Herrera, Bárbara Negrón Marambio y

Marcela Valdovinos Suazo

**Observatorio Cultural de la Facultad de Ciencias Económicas
de la Universidad de Buenos Aires: mapeo y análisis de la gestión
cultural en el ámbito universitario público de Argentina.....** 191
María Cecilia Báez

**Nuevas metodologías, intersecciones disciplinares y abordajes
de los observatorios culturales: observar, informar y producir**

**El Observatorio del Conocimiento Cultural de Bogotá:
metodología, trayectoria y casos de incidencia.....** 220
Andrea del Pilar García, Mauricio Ojeda Pepinosa, Gisela Castrillón
Moreno y Diego Maldonado Castellanos

**Observatorio de Políticas Culturales de la Universidad Autónoma
de la Ciudad de México: de las tensiones a las movilizaciones.....** 256
Laura Elena Román García

**¿Qué observamos cuando observamos cultura?
Notas desde Nodos Culturales y la observación
como práctica situada** 283
Natalia Elías Pineda

**Economías populares para la vida. El caso del Observatorio
de las Economías en las Culturas, las Artes y los Saberes.....** 322
Laura Cifuentes, Thalía Mejía, Elisa Ardilla y María Catalina García

**La evaluación de la participación cultural universitaria:
desafíos metodológicos a partir de la experiencia
del Observatori Cultural de la Universitat de València.....** 353
Marcia Jadue Boeri y Raúl Abeledo Sanchis

Biografía de autores 377

Observatorios que participaron de este proyecto 387

OBSERVATORIOS CULTURALES EN AMEROIBÉRICA

Observar los fenómenos culturales y sus políticas en nuestros territorios no es un acto neutral. Sobre esa premisa se levanta el proyecto Observatorios culturales en Ameroibérica, una obra en dos tomos que reúne las voces de quienes producen conocimiento sobre la cultura en América Latina y España: directoras, investigadores y equipos de más de veinte observatorios universitarios, gubernamentales y de la sociedad civil.

De Bogotá a Valencia, de México a Buenos Aires, estas experiencias comparten un mismo problema y respuestas muy distintas: cómo generar información rigurosa e incidir sobre las políticas, los derechos, los trabajos y los consumos culturales en un campo marcado por la fragmentación de los datos, la discontinuidad institucional y la desigualdad estructural.

El primer tomo, "¿Qué hacen los observatorios culturales?" coordinado por María Cecilia Báez y Pablo Cardoso, reconstruye trayectorias, metodologías y capacidades de incidencia. El segundo tomo, "Miradas locales y regionales: patrimonios, ciudadanías y artes" coordinado por Laura Elena Román García y María de Lourdes Becerra Zavala, desciende a lo local y lo regional para discutir cómo se construyen los indicadores con los que se mide -y se distorsiona- la vida cultural.

Un proyecto que invita a revisar no sólo cómo observamos la cultura, sino también qué hacemos visible -y qué dejamos fuera- cuando la observamos.



www.rgcediciones.com.ar